

Un revés devastador



6ª SEMANA **1**

inTro

Una derrota inesperada

¿Alguna vez te sentiste tan seguro de ti mismo, después de un triunfo, que te lanzaste de cabeza al siguiente reto solo para enfrentarte a una humillante derrota? Josué podría entenderte. Sintiendo en las alas el impulso de su extraordinario reciente éxito en Jericó, los israelitas estaban confiados ante su próxima batalla. Olvidando sus propias debilidades, se lanzaron al ataque esperando otra gran victoria. Josué no perdió tiempo en enviar espías desde las humeantes ruinas de Jericó para explorar su próximo objetivo.

El viaje de Jericó a la ciudad de Hai era una subida de aproximadamente 19 km. Hai estaba enclavada en la región montañosa, a unos 790 m sobre el nivel del mar, mientras que Jericó se encontraba en el valle del Jordán, a unos 274 m bajo el nivel del mar. Cuando los espías exploraron Hai, llegaron a la conclusión de que los habitantes de esa ciudad eran pocos y podían ser derrotados fácilmente. Al regresar, aconsejaron a Josué que enviara una pequeña fuerza de combate, apenas una sección del ejército de no más de tres mil hombres, para llevar a cabo esta misión aparentemente sencilla. Josué accedió y permitió que el resto del pueblo se quedara descansando en el campamento.

A pesar de la confianza inicial de Israel, el pueblo de Hai hizo retroceder rápidamente a las fuerzas israelitas y las envió a una desastrosa retirada colina abajo, matando a treinta y seis hombres por el camino. Aunque treinta y seis bajas puede parecer un número pequeño comparado con otras batallas, debemos recordar que Israel acababa de tomar Jericó sin sufrir una sola baja. Pensaban que Dios pelearía estas batallas por ellos y, claramente, no lo había hecho en Hai de la misma manera que en Jericó.

Este inesperado revés desmoralizó a todo el campamento israelita y causó una profunda preocupación por lo que sucedería a continuación. Los israelitas vivían en un campamento no fortificado que ni siquiera tenía murallas. ¿Llegarían a los cananeos las noticias del fracaso de Israel y se aprovecharían de la posición expuesta de ellos? Sin la protección de Dios, tenían motivos para preocuparse por su seguridad. En señal de total horror por esta devastadora pérdida, Josué se rasgó las vestiduras, se echó polvo sobre la cabeza y se postró sobre el rostro en tierra ante el Arca del pacto, clamando a Dios: «¿Para qué? [...] ¿Qué puedo decir? [...] ¿Qué será de tu gran nombre?» (Jos. 7: 7-9). Es una oración franca, llena de lágrimas y preguntas difíciles. En la privacidad de la oración, Josué llega a expresar alguna duda: «¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado del Jordán!» (v. 7). Fue, en efecto, un momento bajo para él, pero acudió a Dios en busca de refugio.

A veces, Dios debe permitir que suframos una derrota aplastante antes de que estemos dispuestos a frenar, hacer examen de conciencia, plantearnos preguntas difíciles y esperar en él. Son estos valles oscuros de nuestras vidas los que se convierten en momentos decisivos en los que encontramos nuevas respuestas y una nueva dirección desde lo Alto. Lo que sucedió en Hai nos desafía a tener cuidado de no atribuirnos demasiado mérito por nuestros éxitos, no sea que Dios permita que nos suceda una vergonzosa derrota para que volvamos a él. Esta historia nos invita a mantenernos humildes y a confiar en Dios por mucho éxito que tengamos. A veces, nuestras experiencias personales «de Jericó» nos hacen sentir demasiado seguros en nosotros mismos y confiados en que todo nos saldrá bien en el futuro. De repente, avanzamos confiando en nuestra propia sabiduría y fuerza, y perdemos nuestra dependencia de Dios.

Como revela esta historia, los espías subestimaron la fuerza de Hai y sobreestimaron la de Israel. Cuando Israel volvió a Hai por segunda vez, Josué llevó más de diez veces el número de guerreros que había enviado la primera vez. En la segunda batalla cayeron doce mil personas de Hai. Sin embargo, el verdadero problema causante de la derrota anterior de los israelitas no tenía nada que ver con los números; tenía que ver con que Israel había roto su pacto con Dios por causa del pecado de un hombre. Josué estaba a punto de recibir las respuestas a sus desconsoladas preguntas, y no serían agradables.

- ✓ Escribe de tu versión preferida de la Biblia Josué 7: 1-13. O, si lo prefieres, puedes parafrasear el pasaje o hacer un esquema o un mapa conceptual de Josué 7, 8.



6ª SEMANA 2

inTerioriza



Un pacto roto

Josué comprendió que la derrota en Hai se había debido a que Dios había retirado su bendición de Israel. Como Israel había violado el pacto, Dios no podía seguir bendiciéndolos. Esto no era meramente el pecado personal de un individuo; todo el campamento de Israel era corporativamente responsable de su pacto con Dios. «Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto, el que yo les mandé. También han tomado algo del anatema, y hasta lo han robado, han mentido, y aun lo han guardado entre sus enseres» (Jos. 7: 11, RV95). Se trataba de una crisis nacional. Legalmente, Israel había incumplido su acuerdo con Dios y había perdido sus privilegios como pueblo del pacto. Más allá de eso, Israel tenía que estar condenado a la destrucción al igual que sus enemigos, a menos que el pacto pudiera ser reparado (v. 12).

Antes de que Jericó fuera tomada, Dios había sido inequívocamente claro en que todo en Jericó estaba consagrado a él. *Nada en absoluto* debía ser tomado como botín o para uso personal. Josué había anunciado a todos: «En cuanto a ustedes, cuidense de no tomar ni tocar nada de lo que hay en la ciudad y que el Señor ha consagrado a la destrucción, pues de lo contrario pondrán bajo maldición el campamento de Israel y le acarrearán la desgracia» (Jos. 6: 18). Nadie podía hacer como que no había entendido o no había oído. Desoír la orden de Dios era trivializar su milagro en Jericó y rechazar su pacto con Israel.

Solo había una solución. El Señor le dijo a Josué: «Levántate, santifica al pueblo» (7: 13, RV95). Esta palabra, «santificar», también significa «apartar». Dios había apartado a Israel del mundo tanto en identidad como en práctica. Al elegir traer un anatema al campamento, habían elegido identificarse de nuevo con el mundo. Este anatema tenía que ser eliminado para que ellos pudieran ser restaurados como pueblo del pacto de Dios. «Tú, Israel, has tomado lo que debió ser destruido por completo, y mientras no lo destruyas y lo echas fuera de ti, no podrás hacer frente a tus enemigos» (v. 13).

Josué se dirigió a la multitud y les dio a todos una noche para que se escudriñaran los corazones y confesaran sus pecados. Al día siguiente se echaron suertes, que finalmente señalaron como culpable a un hombre llamado Acán. Sin ningún lugar donde esconderse, Acán reco-

noció que había visto, codiciado y tomado para sí objetos prohibidos de las ruinas de Jericó. Entre los objetos había un bello manto importado de Babilonia, unos 2.3 kg de plata y una barra de oro de 0.6 kg. Con la esperanza de ocultar estas ganancias, Acán se había apresurado a esconder los objetos enterrándolos debajo de su tienda, pero no hay forma de esconderse de Dios. Acán se condenó a sí mismo, no solo por su propio testimonio, sino también por las pruebas innegables recuperadas de su tienda. Por haberse identificado con las cosas de Jericó, tuvo que sufrir el mismo castigo que el pueblo de Jericó.

Regresa al pasaje que has escrito o parafraseado. Analízalo directamente y reflexiona sobre su contenido con el máximo detenimiento.

- ✓ Encierra en un círculo las palabras, frases e ideas que se repiten.
- ✓ Subraya las palabras y frases que consideras más relevantes y que te resultan más significativas.
- ✓ Utiliza flechas para conectar algunas palabras y frases que se relacionan con otros conceptos similares.
- ✓ ¿A qué parece apuntar todo lo que copiaste y relacionaste?

Memoriza tu pasaje favorito de Josué 7, 8. Escríbelo las veces necesarias a fin de que te ayude a memorizarlo.

- ✓ ¿Cómo podemos distinguir la codicia de la buena mayordomía?
- ✓ ¿Cómo podemos protegernos de la tentación de identificarnos con las cosas del mundo en lugar de apartarnos de ellas?

Escríbelo aquí





6ª SEMANA **3**

inTerpreta



Silencio y complicidad

Una de las partes más difíciles de entender de la historia de Acán es que toda su familia fue apedreada con él. Sin embargo, es importante señalar que los hijos de Acán no fueron castigados por los pecados de su padre. Las Escrituras condenan la injusticia de castigar a los hijos por los pecados de sus padres. La generación que apedreó a Acán y a su familia sin duda recordaba cómo Dios había salvado a los hijos de Coré cuando se negaron a unirse a la rebelión de su padre. En un momento dramático del juicio divino, Coré, sus coconspiradores Datán y Abiram, y las esposas e hijos de Datán y Abiram, fueron todos tragados porque «la tierra se abrió debajo de ellos» (Núm. 16: 31); «sin embargo, los hijos de Coré no murieron» (26: 11) sino que se separaron de la tienda de su padre y se salvaron. Sin duda, los hijos supervivientes de Coré seguían vivos en la época de Acán.

A través de la ley de Moisés, Dios estableció firmemente la responsabilidad personal: «Los padres no podrán ser condenados a muerte por culpa de lo que hayan hecho sus hijos, ni los hijos por lo que hayan hecho sus padres, sino que cada uno morirá por su propio pecado» (Deut. 24: 16). En tiempos de los reyes israelitas, el rey Amasías recordó y reconoció esta ley como un importante pilar de la verdadera justicia (ver 2 Rey. 14: 6). Los profetas también reforzaron la importancia de este principio siglos más tarde (ver Eze. 18: 20). Sabiendo lo cuidadoso que era Dios de no castigar nunca a los hijos por los pecados de sus padres, podemos concluir sin temor a equivocarnos que la familia de Acán sabía lo que este había hecho, y habían guardado silencio, por eso no fueron absueltos de la responsabilidad de seguir a su padre para hacer el mal.

La tendencia humana natural es que los hijos, sean jóvenes o mayores, sigan en el mal en que caminaron sus padres. La historia de los hijos de Coré representa la excepción al patrón habitual. Por la gracia de Dios, todo aquel que pertenezca a una familia con un Acán o un Coré puede seguir el ejemplo inspirador de los hijos de Coré. Cuando hay pecado flagrante o rebelión abierta, los hijos que tienen edad suficiente para tener su propia identidad no deben ratificar ni facultar a sus padres para que hagan el mal. En estas situaciones difíciles, los

hijos deben encontrar la manera de ser fieles a Dios. En los casos más extremos, cuando los pecados de los padres implican delitos, los hijos deben denunciar el delito a las autoridades, buscar ayuda y separarse de sus padres. A veces los hijos se sienten obligados a obedecer todo lo que sus padres les piden que hagan, sin importar si es moral o no (y esto vale también para los adultos); sin embargo, Pablo escribió: «Hijos, obedezcan *en el Señor* a sus padres, porque esto es justo» (Efe. 6: 1, RVA15). Es decir, que los hijos deben obedecer a sus padres solo en la medida en que estos honren a Dios. Cuando los padres dirigen a sus hijos a deshonorar al Señor, los hijos deben mostrar que su lealtad a Dios es lo primero.

Después de repasar el texto que escribiste y resaltaste:

- ✓ ¿Qué te parece lo que marcaste o subrayaste y relacionaste?
- ✓ ¿Qué preguntas te surgen?
- ✓ ¿Qué partes te parecen más difíciles?
- ✓ ¿Qué otros principios y conclusiones encuentras?
- ✓ ¿Cómo pueden los hijos honrar a sus padres cuando sus padres están obrando mal?

Escríbelo aquí





6ª SEMANA **4**

inVestiga



¿De qué manera los siguientes pasajes e historias bíblicas revelan la gravedad y los resultados finales de la codicia?

Ejemplos de codicia:

1 Reyes 21: 1-19

2 Reyes 5: 15-27

Mateo 19: 16-30

Mateo 26: 14-16

Hechos 5: 1-11

La inclinación del corazón:

Mateo 6: 19-24

1 Timoteo 6: 6-10

✓ ¿Qué otros versículos o promesas vienen a tu mente en relación con Josué 7, 8?

Escríbelo aquí





6ª SEMANA **5**

inVita



Salvados de la maldición

Después de ejecutar la sentencia contra Acán, Dios envió a Israel de vuelta a Hai con la seguridad de su bendición. Esta vez, Hai cayó, los israelitas obtuvieron la victoria y le prendieron fuego a la ciudad. Con las dos primeras ciudades de Canaán tomadas, era hora de que Israel hiciera una pausa en la guerra y renovara su pacto con Dios. La pérdida de la familia de Acán fue un recordatorio aleccionador de lo importante y serio que era proteger su relación de pacto con Dios. La incorporación de la familia de Rahab a la comunidad del pacto recordó a Israel la misericordia y la salvación de Dios.

Aunque los israelitas estaban rodeados de poderosos enemigos, abandonaron su campamento en Gilgal y se adentraron unos 32 km en territorio enemigo hasta el valle que había entre los montes Gerizim y Ebal para confirmar su pacto con Dios (ver Jos. 8: 30-35). A este largo viaje debían ir también las esposas, los hijos y los extranjeros que se encontraban entre ellos, pues el pacto era para todos en Israel. En dos ocasiones, Moisés había dado instrucciones para esta ceremonia del pacto, que debían llevar a cabo tras su llegada a la tierra de Canaán (ver Deut. 11: 29; 27: 1-26). Josué siguió cuidadosamente las instrucciones de Moisés.

Seis tribus se situaron en el monte Gerizim para afirmar las bendiciones de guardar la ley. Las otras seis tribus estaban apostadas en el monte Ebal, donde respondían con un «¡Amén!» a cada maldición pronunciada contra los que quebrantaran la ley de Dios. De pie en el valle entre los dos montes, Josué leyó todas las palabras de la ley a oídos de toda la nación. La ley no solo se leyó en voz alta, sino que también se inscribió en piedras como monumento nacional y testimonio para las generaciones futuras. Así como se erigieron piedras para conmemorar el milagro de Dios en el Jordán, también se colocaron piedras para conmemorar la ley de Dios y su pacto con Israel.

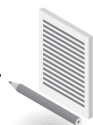
Moisés había dejado también instrucciones para que los sacerdotes organizaran lecturas públicas similares de la ley cada siete años, cuando se reunieran en el Templo para la Fiesta de los Tabernáculos (ver Deut. 31: 9-13). Estas lecturas públicas ayudarían a los niños a aprender la ley y recordarían a toda la familia su relación de pacto con Dios.

El monte Ebal simbolizaba las maldiciones de la ley, pero este monte también contenía la promesa de la redención y el perdón de Dios. En el monte Ebal, Josué construyó un altar al Señor en el que se sacrificaron holocaustos y ofrendas de paz. Cada sacrificio señalaba a Jesús, que «nos rescató de la maldición de la ley» cuando vino a este mundo y se ofreció a sí mismo como sacrificio (Gál. 3: 13). El altar señalaba al único que puede rescatar a cualquiera de la maldición del pecado. La única esperanza de Israel residía en la promesa del altar.

Medita nuevamente en Josué 7, 8 y busca a Jesús en el pasaje.

- ✓ ¿De qué maneras nos salvó Jesús de la maldición de la ley?
- ✓ Para celebrar la renovación del pacto, Josué adentró a Israel en territorio enemigo. ¿Qué riesgos te pide Dios que corras?

Escríbelo aquí





6ª SEMANA **6**

imPlicate



El pecado de la codicia

«**A**cán cometió su pecado en desafío de las advertencias más directas y solemnes y de las manifestaciones más poderosas de la omnipotencia de Dios. Se había proclamado a todo Israel: “Guardaos vosotros del anatema, [...] porque no hagáis anatema el campo de Israel”. Se le dio este mandamiento inmediatamente después del milagroso cruce del Jordán, después que el pacto de Dios fuera reconocido mediante la circuncisión del pueblo, y después que se observara la pascua y apareciera el Ángel del pacto, el Capitán de la hueste del Señor. Se había producido luego la caída de Jericó, evidencia de la destrucción que sobrevendrá infaliblemente a todos los transgresores de la ley de Dios. El hecho de que el poder divino era lo único que había dado la victoria a Israel y este no había alcanzado, por lo tanto, la posesión de Jericó por sus propias fuerzas, daba un peso solemne al mandamiento que prohibía tomar despojos. Por el poder de su palabra, Dios había derrocado esta fortaleza; la conquista era suya, y únicamente a él debía dedicarse la ciudad con todo lo que contenía. [...]»

»El pecado mortal que condujo a Acán a la ruina tuvo su origen en la codicia, que es, entre todos los pecados, el más común y el que se considera con más liviandad. Mientras que otros pecados se averiguan y se castigan, ¡Cuán raro es que se censure siquiera la violación del décimo mandamiento! [...]»

»La codicia es un mal que se desarrolla gradualmente. Acán albergó avaricia en su corazón hasta que ella se hizo un hábito en él y lo ató con cadenas casi imposibles de romper. Aunque fomentaba este mal, le habría horrorizado el pensamiento de que pudiera acarrear un desastre para Israel; pero el pecado embotó su percepción, y cuando le sobrevino la tentación cayó fácilmente.

»¿No se cometen aún hoy pecados semejantes a ese, y frente a advertencias tan solemnes y explícitas como las dirigidas a los israelitas? Se nos prohíbe tan expresamente albergar la codicia como se le prohibió a Acán que tomara despojos en Jericó. Dios declara que la codicia o avaricia es idolatría. Se nos amonesta: “No podéis servir a Dios y a las riquezas.” “Mirad, y guardaos de toda avaricia.” “Ni aun se nombre entre vosotros” (Col. 3: 5; Mat. 6: 24; Luc. 12: 15; Efe. 5: 3). Tenemos ante nosotros la terrible suerte que corrieron Acán, Judas, Ananías y Safira. Y aun antes de estos casos tenemos el de Lucifer, aquel “hijo de la mañana” que, codiciando una posición más elevada, perdió para siempre el resplandor y la felicidad del cielo. Y no obstante, a pesar de todas estas advertencias, la codicia reina por todas partes». — ELENA G. DE WHITE, *Patriarcas y Profetas*, cap. 45, pp. 470-471



6ª SEMANA **7** **inQuiere**



Comparte con tu clase de Escuela Sabática o grupo de estudio bíblico las ideas del versículo para memorizar, así como cualquier descubrimiento, observaciones y preguntas.

Analiza las siguientes preguntas con tu grupo de estudio bíblico.

- ☞ **¿Qué problemas contribuyeron a la derrota de Israel en Hai?**
- ☞ **¿Cuándo es apropiado hacer preguntas difíciles a Dios, como hizo Josué en su oración? (Ver Jos. 7:6-9).**
- ☞ **¿Por qué a veces Dios tiene que esperar a que estemos en lo más bajo para darnos nuevas respuestas?**
- ☞ **¿Cómo y por qué afectó el pecado de Acán a la relación de Dios con toda la nación?**
- ☞ **¿Por qué apedrearon con él a los hijos de Acán?**
- ☞ **¿Por qué la sociedad suele tratar la codicia como un pecado menor? ¿Cómo se compara con otros pecados a los ojos de Dios?**
- ☞ **¿De qué manera se ven tentados los adultos jóvenes a codiciar hoy en día?**
- ☞ **¿A qué otros pecados conduce la codicia?**
- ☞ **¿Por qué Josué lo arriesgó todo para adentrar a todo el campamento de Israel en territorio enemigo?**
- ☞ **¿Cómo podemos hacer para que la lectura pública de las Escrituras tenga más significado para nosotros?**